

# Elif Shafak

An illustration of two feet standing on a dark purple, rounded surface. The foot on the left is brown, and the foot on the right is bright yellow. Both feet are pointing upwards. The background is white.

Mis últimos  
10 minutos y 38 segundos  
en este extraño mundo

Lumen

Mis últimos 10 minutos  
y 38 segundos  
en este extraño mundo

Elif Shafak

Traducido del inglés por  
Antonia Martín

Lumen

---

*narrativa*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks

@lumeneditorial



@siguelumen



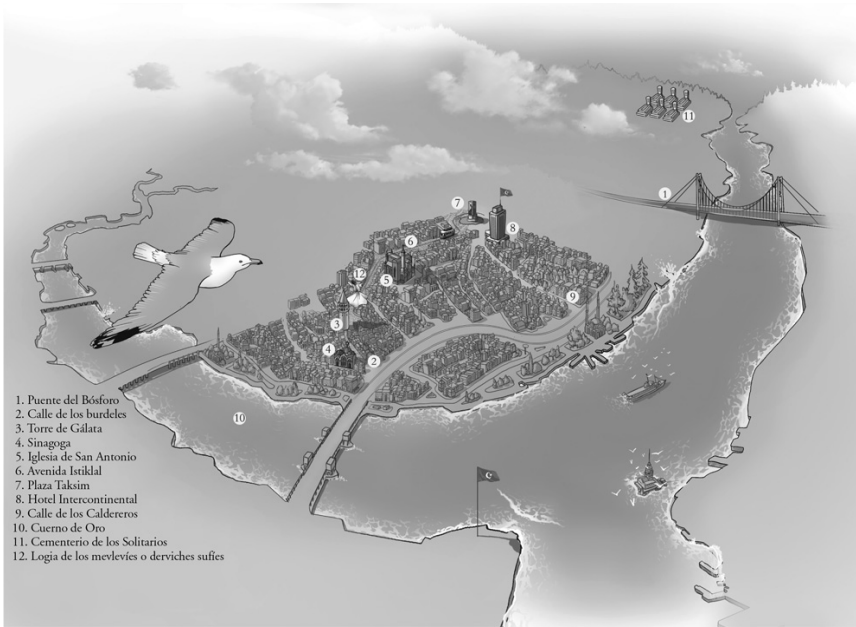
@editorial\_lumen

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A las mujeres de Estambul y a Estambul,  
que es, y siempre ha sido, una ciudad femenina*

Ahora resulta que se me ha adelantado un poco en despedirse de este mundo extraño. Esto no significa nada. Para nosotros, físicos creyentes, la distinción entre el pasado, el presente y el futuro no es más que una ilusión, aunque se trate de una ilusión tenaz.

ALBERT EINSTEIN,  
a propósito de la muerte de su mejor amigo,  
Michele Besso<sup>[1]</sup>



## Fin

Se llamaba Leila.

Tequila Leila, como la conocían sus amigos y clientes. Tequila Leila, como la llamaban en casa y en el trabajo, en aquel edificio de color palisandro de un callejón sin salida adoquinado no lejos del muelle y enclavado entre una iglesia y una sinagoga, en medio de tiendas de lámparas y restaurantes de kebab: la calle que albergaba los burdeles autorizados más antiguos de Estambul.

No obstante, si los oyera expresarlo así, se ofendería y les lanzaría en broma un zapato..., un zapato de tacón de aguja.

«“Me llamo”, tesoro, no “me llamaba”... Me llamo Tequila Leila.»

Jamás en la vida habría consentido que se hablara de ella en pasado. Solo de pensarlo se habría sentido pequeña y derrotada, y lo último que deseaba en este mundo era sentirse de ese modo. No, habría insistido en el uso del presente..., aunque de pronto advirtió con un sentimiento de zozobra que el corazón acababa de dejar de latirle, que su respiración había cesado de golpe y que, lo mirara por donde lo mirase, no podía negar que estaba muerta.

Ninguno de sus amigos lo sabía aún. A esas horas de la mañana debían de dormir a pierna suelta, cada uno tratando de encontrar la forma de salir de su propio laberinto de sueños. Leila habría deseado estar en casa como ellos, envuelta en la calidez de la ropa de cama y con el gato ovillado a sus pies y ronroneando con soñolienta satisfacción. El gato era negro, con excepción de una mancha nívea en una pata, y estaba sordo como una tapia. Ella le había puesto el nombre de Mister Chaplin por Charlie Chaplin, ya que, al igual que los ídolos de los primeros tiempos del cine, el animal vivía en un mundo mudo.

Tequila Leila habría dado lo que fuera por estar en su apartamento. En cambio, se hallaba en las afueras de Estambul, junto a un campo de fútbol húmedo y a oscuras, metida en un cubo de la basura metálico de asas oxidadas y pintura desconchada. Era un contenedor con ruedas, de poco más de un metro de alto y la mitad de ancho. Ella medía uno setenta, más los veinte centímetros de los zapatos destalonados de color violeta y tacón de aguja que aún calzaba.

Había muchas cosas que deseaba saber. Reproducía mentalmente una y otra vez los últimos momentos de su vida preguntándose en qué punto se había torcido todo: un ejercicio inútil, pues el tiempo no podía desenrollarse como un ovillo de hilo. Su piel ya empezaba a adquirir un tono ceniciento pese a que las células aún bullían de actividad. No podía dejar de percibir lo mucho que estaba ocurriendo dentro de sus órganos y miembros. La gente da por sentado que los cadáveres no tienen más vida que un árbol caído o un tocón hueco, carentes de conciencia. Sin embargo,



si se le hubiera brindado la posibilidad, Leila habría dado fe de que, por el contrario, los cadáveres rebosan de vida.

Le costaba creer que su existencia mortal hubiera llegado a su fin. El día anterior, sin ir más lejos, había cruzado el barrio de Pera, y su sombra se había deslizado por calles que llevaban el nombre de jefes militares y héroes nacionales, calles con nombre de varón. Esa misma semana, su risa había resonado en las tabernas de techo bajo de Gálata y Kurtuluş, y en los pequeños antros mal ventilados de Tophane, locales que nunca aparecían en las guías de viaje ni en los mapas turísticos. La Estambul que Leila había conocido no era la Estambul que el Ministerio de Turismo habría querido que vieran los extranjeros.

La noche anterior había dejado sus huellas dactilares en un vaso de whisky y un rastro de su perfume —Paloma Picasso, regalo de cumpleaños de sus amigos— en el fular de seda que había lanzado a un lado de la cama de un desconocido, en la suite de la última planta de un hotel de lujo. En lo alto del cielo se vislumbraba todavía un filo de la luna de la víspera, luminosa e inalcanzable, como el vestigio de un recuerdo alegre. Leila aún formaba parte de este mundo, y seguía habiendo vida en su interior; por tanto, ¿cómo era posible que hubiera muerto? ¿Cómo era posible que ya no existiera, igual que si fuera un sueño que se desvanece con el primer atisbo del alba? Hacía tan solo unas horas cantaba, fumaba, soltaba palabrotas, pensaba...; bueno, también pensaba ahora. Era increíble que su mente funcionara a todo trapo..., aunque a saber cuánto duraría. Habría deseado volver atrás para informar a todo el mundo de que los muertos no morían al instante; de que seguían reflexio-

nando, incluso sobre su propio fallecimiento. Supuso que la gente se asustaría al enterarse. Ella misma se habría asustado cuando estaba viva. Aun así, le pareció que era importante que todos lo supieran.

En opinión de Leila, los seres humanos mostraban una profunda impaciencia ante los hechos fundamentales de la existencia. Para empezar, daban por sentado que una persona se convertía automáticamente en esposa o marido con solo decir «Sí, quiero», cuando lo cierto era que se tardaba años en aprender a estar casado. Del mismo modo, la sociedad contaba con que el instinto maternal —o el paternal— se activara con el nacimiento de un hijo. En realidad, a veces se tardaba bastante en entender lo que era ser madre o padre..., o, ya puestos, abuela o abuelo. Otro tanto ocurría con la jubilación y la vejez. ¿Cómo podía alguien cambiar de onda en cuanto salía de una oficina en la que había pasado media vida y donde había dado al traste con la mayor parte de sus sueños? No era tan sencillo. Leila había conocido a profesores jubilados que se levantaban a las siete, se duchaban y, tras arreglarse, se derrumbaban ante la mesa del desayuno al recordar de repente que ya no trabajaban. Todavía no se habían adaptado.

Quizá con la muerte ocurriera algo parecido. La gente creía que una persona se convertía en cadáver en cuanto exhalaba su último aliento. Sin embargo, los límites nunca eran tan nítidos. Del mismo modo que había numerosos tonos entre el negro azabache y el blanco deslumbrante, existían multitud de fases en eso que se denominaba «descanso eterno». Leila concluyó que, de existir una frontera

entre el Reino de la Vida y el Reino del Más Allá, debía de ser porosa como la arenisca.

Esperaba a que saliera el sol. Entonces sin duda alguien la encontraría y la sacaría de aquel cubo inmundo. Suponía que las autoridades no tardarían mucho en averiguar su identidad. Solo tenían que encontrar su ficha. En el transcurso de los años la habían cacheado, arrestado y fotografiado, además de tomarle las huellas dactilares, más veces de las que le habría gustado admitir. Aquellas comisarías apartadas tenían un olor característico: ceniceros rebosantes de colillas del día anterior, posos de café en tazas desportilladas, aliento apestoso, trapos mojados y el fuerte hedor de los urinarios, que no desaparecía por más lejía que se echara. Policías y delincuentes compartían el escaso espacio de las salas. A Leila siempre le había fascinado pensar que las células muertas de la piel de unos y otros caían al mismo suelo y que los ácaros del polvo las devoraban todas por igual, sin distinción ni preferencia. En ciertos aspectos que el ojo humano no captaba, los opuestos se fundían de maneras inesperadas.

Suponía que, después de identificarla, las autoridades informarían a su familia. Sus padres vivían en la histórica ciudad de Van, a más de mil kilómetros de distancia. Sin embargo, no contaba con que acudieran a llevarse su cuerpo, pues hacía tiempo que la habían repudiado.

«Nos has deshonrado. Todo el mundo habla a nuestras espaldas.»

Por tanto, la policía tendría que recurrir a sus amigos. A los cinco: Sabotaje Sinán, Nostalgia Nalán, Yamila, Zaynab122 y Hollywood Humeyra.

Tequila Leila no dudaba de que acudirían lo más rápido posible. Casi le parecía verlos correr hacia ella, con pasos presurosos y aun así vacilantes, los ojos muy abiertos por la impresión y por una tristeza aún incipiente, un dolor primitivo que no habían llegado a asimilar, todavía no. Se sintió fatal por tener que obligarlos a vivir lo que a todas luces sería un penoso suplicio. No obstante, era un alivio saber que le organizarían un funeral espléndido. Alcanfor e incienso. Música y flores, sobre todo rosas. De un rojo ardiente, de un amarillo vivo, de un burdeos intenso... Clásicas, intemporales, insuperables. Los tulipanes eran demasiado majestuosos, los narcisos demasiado delicados, y los lirios la hacían estornudar; en cambio, las rosas eran perfectas con su mezcla de glamur seductor y espinas afiladas.

El alba despuntaba lentamente. Por encima del horizonte se extendían, de este a oeste, franjas de colores: bellinis de melocotón, martinis de naranja, margaritas de fresa, negronis helados. Al cabo de unos segundos resonaron a su alrededor las llamadas a la oración de las mezquitas circundantes, sin que ni siquiera un par estuvieran sincronizadas. Muy a lo lejos el Bósforo bostezaba con ganas tras despertar de su sueño turquesa. Un bote de pesca regresaba al puerto con el motor escupiendo humo. Una gran ola avanzó con languidez hacia los muelles. En el pasado la zona había sido agraciada con olivares y huertos de higueras que habían sido arrasados a fin de abrir espacio para la construcción de más edificios y aparcamientos. Un perro ladraba en la penumbra, más por sentido del deber que por entusiasmo. En las inmediaciones, un pájaro pio, energético y estridente, y otro trino en respuesta, aunque no con la misma jovialidad.

El coro del amanecer. Leila oyó el estruendo de una furgoneta de reparto que circulaba por la carretera llena de baches botando en un hoyo tras otro. El zumbido del tráfico de primera hora de la mañana no tardaría en volverse ensordecedor. La vida a todo volumen.

Cuando estaba viva, a Tequila Leila le habían sorprendido siempre, e incluso intranquilizado, las personas que se complacían en especular de forma obsesiva sobre el fin del mundo. ¿Cómo era posible que unas mentes en apariencia cuerdas se enfrascaran en suposiciones disparatadas sobre asteroides, bolas de fuego y cometas que devastaban el planeta? A su entender, el apocalipsis no era lo peor que podía ocurrir. La posibilidad del exterminio inmediato y total de la civilización no resultaba tan pavorosa como la simple certeza de que nuestra desaparición individual no afectaba al orden de cosas y que la vida seguiría igual con o sin nosotros. Siempre había pensado que eso era lo aterrador.

El viento cambió de dirección y azotó el campo de fútbol. Leila los vio entonces. Cuatro adolescentes. Chavales que habían salido temprano para rebuscar en la basura. Dos empujaban un carrito lleno de botellas de plástico y latas aplastadas. Los seguía un tercero de hombros caídos y rodillas torcidas cargado con un saco mugriento que contenía algo muy pesado. El cuarto, a todas luces el jefe, caminaba a la cabeza con una arrogancia inconfundible, sacando su huesudo pecho como un gallo de pelea. Avanzaban hacia Leila bromeando entre sí.

«Seguid andando.»

Se detuvieron al otro lado de la calzada junto a un contenedor de la basura y empezaron a hurgar en su interior. Botes de champú, tetrabriks de zumo, envases de yogur, hueveras...: arramblaban con los tesoros y los amontonaban en el carrito. Sus movimientos eran diestros, de expertos. Uno encontró un sombrero viejo de cuero. Se lo puso riendo y caminó con un aire de superioridad exagerado, las manos hundidas en los bolsillos traseros, imitando a algún gánster que debía de haber visto en una película. El jefe se lo arrebató de inmediato y se lo encasquetó él. Nadie protestó. Tras dejar limpio el contenedor se dispusieron a marcharse. Leila se sintió consternada cuando pareció que daban media vuelta para dirigirse en dirección contraria.

«¡Eh, que estoy aquí!»

Despacio, como si hubiera oído el ruego de Leila, el jefe alzó la barbilla y miró con los ojos entornados hacia el sol naciente. Bajo la luz cambiante escudriñó el horizonte y dejó vagar la mirada hasta que por fin la vio. Enarcó las cejas de golpe y los labios le temblaron un poco.

«No huyas, por favor.»

El muchacho no huyó, sino que comentó algo inaudible a los otros, que de pronto se quedaron mirándola con idéntica expresión de pasmo. Leila se percató entonces de lo jóvenes que eran. Esos chiquillos que se las daban de hombres eran aún niños, unos mozalbetes.

El jefe avanzó un pasito. Y otro. Caminó hacia ella igual que un ratón se aproximaría a una manzana caída: cohibido e inquieto, pero igualmente decidido y veloz. El rostro se le ensombreció cuando se acercó a ella y vio en qué estado se encontraba.

«No tengas miedo.»

El muchacho estaba a su lado, tan cerca que Leila le vio el blanco de los ojos, inyectado en sangre y con pintas amarillas. Dedujo que había esnifado pegamento: un chaval menor de quince años al que Estambul aparentaría acoger y hospedar para después, cuando él menos lo esperara, abandonarlo como a una muñeca de trapo vieja.

«Avisa a la policía, hijo. Avísala para que informen a mis amigos.»

El muchacho lanzó una ojeada a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie lo veía, de que no había cámaras de vigilancia en la zona, y se inclinó bruscamente para coger el collar de Leila, un medallón de oro con una esmeralda minúscula en el centro. Lo tocó con cautela, como si temiera que fuera a explotarle en la palma de la mano, donde sentía el frescor reconfortante del metal. Lo abrió y vio que contenía una fotografía; la sacó y la observó un momento. Reconoció a la mujer, una versión más joven de la que tenía delante; aparecía con un hombre de ojos verdes, sonrisa dulce y cabello largo peinado en un estilo de otra época. Parecían felices juntos, enamorados.

En el dorso de la fotografía había una frase escrita: «D/Alí y yo... Primavera de 1976».

El muchacho arrancó el colgante con un movimiento rápido y se guardó el botín en el bolsillo. Si sus compañeros, que permanecían en silencio detrás de él, se percataron de lo que acababa de hacer, decidieron pasarlo por alto. Pese a su juventud, habían adquirido suficiente experiencia en esa ciudad para saber cuándo convenía dárselas de listo y cuándo había que hacerse el tonto.